

DEL AVATAR

EN LAS CIRCUNSCRIPCIONES DE CIRCE

Ella me ha hecho abandonar mis viejos usos
hasta que todos me reputan loco

EZRA POUND, *La Fraisne*

I

Lo que debía recordar del mundo
hallaba prontamente en las formas de su cuerpo
transfigurado en abismos marinos
en oídos del día
labios de la noche tendidos en la playa del firmamento
infatigable yo corría tras sus pájaros
sus carcajadas
ya que mis ojos emergieran de la cueva que cava el topo
ya que despertara sobre la copa
del ciprés
en múltiples caminatas la rodeaba
para volver a empezar
las migraciones
lamiendo su sal
y el sol orillaba sus pezones
tostando al tiesto los ojos con que la descendí
con que la trepé
con que la abordé a la alborada
¡la lluvia a cántaros en su piel!
en ocasiones de su voz volvía la memoria
de cuanto supe en las ciudades
donde me entretuve a descansar
vastos escombros
sucesión del derrumbe a la sombra de sus miembros
ella era un collage de fantasmas
enloquecer
o regarse por el piso
o saltar por la ventana

¿osarán —me pregunto—
osarán los cartesianos demonios del engaño
tentar la memoria hasta este límite?
los faros de los autos me acanallan
otro menos fuerte que yo
o más avergonzado
se arrojaría bajo las ruedas
yo me sostengo
he venido con sólidos motivos
el que adorne con violetas los ojos de la joven prostituta
es pura diversión
lo mismo haría Hamlet para despistar a los curiosos
pero quizás yo logre arribar a la terraza
(me venía diciendo
mientras escuchaba canciones de beodos
a las esposas en batas de dormir)
y quiera extenderme
a lo largo del suelo húmedo
contra la oscura indiferencia del cielo de septiembre.

VII

SAHARA

La noche se ufana de afanarnos
la mano rasga las vestiduras
caricia
hisopo que borra el confín
del desnudo
matemática que confunde abismo y cima
en el letargo
cesa
cesa la antigua lucha
urdida entre oxígeno y carbono
trabazón de las lenguas
red del olvido
en el perfume de la noche
aun el apacible olor de las malvas
se violenta
la mano
en el dibujo de una escritura de fantasmas
instantánea
y sólo el silencio de su fin se guarda en la memoria.

VARIACIONES

ENTRE OCHO MILLONES

Extranjero
donde los ruidos granizan su desconocimiento
donde explota el ojo de un anuncio
fluyen
enredándose muslos brazos bustos
“ésta
la Plaza del Congreso”
solía decir

abundaban palomas hacia donde cenábamos pizzas
pero a solas
me desavenía con la ciudad
en sus túneles espantajos con anteojeras
en sus estaciones mi avidez de provinciano

(¡qué inútil ella
para amarla en los rincones
en armarios
en palomares!
¡qué inútil para espantar pingüinos en el zoo!)

pero quien transita
tarde o temprano
se enreda en regresos
a las telas
Penélope canta entre 8'000.000
y la ciudad
indiferente
transpira
la gran marmita.

SE ENSARTA SE ENCREPA SE ENSECRETA...

Se ensarta se encrespa se ensecreta
se ejemplifica se adecua se corrige
se sueña inmerso en múltiples sí mismos

los otros detrás de los cerrojos
decrecientes

él mismo con su cuchara
consigo alargándose bajo las sábanas
húndese el dedo en el pecho
se sabe él sí mismo consigo

los otros se derrotarán capitularán
pero él se escruta se piensa
y ahora a solas se esfuma de sí mismo

pero consigo
consigo solamente.

AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR

Al César lo que es del César
limbo música heladera
catapultas para desestrellar la bóveda
negocios para ocupar al César

los juegos del César:
juega al golf golpeando con el palo
fuerte
juega al baseball golpeando con el palo
fuerte
la bola divierte al César

lo que es del César
al César:
monóculo palco poligamia monociclo
en casa puertas de emergencia
sueños de emergencia para apaciguar al César
en el aire del César vientos de emergencia

pero a Dios lo que es de Dios:
un ventanuco para espiar al César.

VARIACIÓN SOBRE HANSEL Y GRETEL

Mordisqueando el escapulario desciende

parca de palabras

por la escala

rasgada hasta las unas por la luz del mediodía

viene hasta mí

p u n t u a l

estoy siempre al acecho

soñándola distinta

aceitunada

en explosiones verdes

(y mi hermana

en Sus descuidos

rondará alargando sus dedos dentro de los agujeros

de la pared)

Ella

se llega aletargada

con el lenguaje necio de la espera

(y mi hermana en retraso)

con el lenguaje despoblado de lo que no puede evitarse

(perpetuamente)

y nuevamente vieja la veo venir indistinguible en la excesiva claridad
adivino:

su cuello ocre

sus pechos de orín

hollín al vientre

sexo oxidado

(ya nada hay que pueda adelgazar mi meñique hasta aquel punto

habitado como me encuentro

a verla acercarse por el puente

apoyándose en su herrumbroso cayado

mordisqueando el escapulario desciende

parca de palabras

DEL SITIO

I

Como los demás, también yo levanté tienda de campaña provisional. Y aún aguardo al pie de los muros de la Ciudad sitiada. Aún aguardo por la voz de asalto. Por la voz de un ignorado Capitán.

II

Llegué.

Desde el instante en que el navío echó sus anclas en la costa, incesantemente miro hacia la Ciudad. Estupor, más que fatiga, en el constante mirar. Altos tejados descuelgan ventanales. La piedra se esfuerza en devenir perdurable. Memoria. Muralla. Catedral.

III

Llegué con la multitud esperanzada.

Y, como los demás, aguardo el debilitamiento de las defensas de la Ciudad. También yo, desde mi tienda de campaña provisional, contemplo las moradas menos transitorias de la Ciudad.

IV

Aguardamos. Nuestras costumbres son sobrias. Restringidas las reglas, como conviene a tiempos de campaña. En cualquier momento la orden sonará. Apenas habrá tiempo para echarse los pertrechos a la espalda y actuar. Las contraseñas, como convienen a tiempos de campaña, se renuevan. Van y vienen, incesantemente, entre las tiendas.

V

Espero aún por la llamada que en cualquier momento sonará. Como los demás, contemplo las muchedumbres que vienen desde lejanas tierras para engrosar el cerco. Y también, en días de agotamiento, navíos que levantan anclas, que se marchan llenos de gentes que abandonan las tiendas de campaña por las moradas menos transitorias de sus antiguas patrias.

VI

En torno a las fogatas, los camaradas cantan. Llegan los ecos de la Ciudad. Voces del campamento y voces de la Ciudad: la única batalla. En los grandes silencios pregunto: ¿cuánto tiempo van a resistir? Preguntar es inútil. Las contraseñas nos mantienen despiertos. Alertados. Y aguardamos por la orden de un lejano Capitán, que sonará.

VII

¿Sonará alguna vez la orden de asalto? ¿Atravesaremos las puertas de la Ciudad? ¿Saltaremos sobre los muros, hacia el botín que defiende la esforzada piedra? ¿Oiremos en el silencio la ya legendaria voz del ignorado Capitán? ¿Sonarán las trompetas?... Preguntar es inútil. Cada suceso es preparativo para la acción final. Aguardamos con los ojos fijos en la Ciudad sitiada.

VIII

Aún aguardamos en provisionales tiendas de campaña. Nos hemos acostumbrado a aguardar y ya no desesperamos. Al comienzo, contábamos el tiempo en días. Más tarde, en semanas, en meses. Entendimos luego que no cabía contar el paso de los años sucesivos, sino aguardar.

IX

El oficio vuelve huraño al sitiador. A la noche, luego de las prácticas del culto, nos acogemos al silencio de las tiendas. Permanecemos, ya pasada la medianoche, sobresaltados por la furia de los vientos. Los perros guardianes ladran cerca de la línea de los centinelas. Todavía más lejos, por el lado del desierto, aúllan los chacales.

X

Me he dicho: escribiré a los míos... Busco el viejo lápiz, pido a algún camarada un trozo de papel. Un pedacito de papel amarillento. Pedro me detengo sin saber cómo empezar. Los míos esperan con ansiedad las buenas nuevas. Abandono mi temprano impulso.

Me digo: ya les llegará, a su hora, el veloz mensajero que anticipe el glorioso retorno de las naves.

XI

Se suele, a la hora del reposo, evocar la antigua vida. Ya no recuerdo las viejas casas de las aldeas, ni el árido suelo de los campos altos en las montañas. Cada noche, la imagen de los lejanos parajes se torna más difusa. Yace aquí, a mi costado, el puñal que se hundió alguna tarde en el corazón del ágil venado...

XII

El sobrio alimento y el ácido vino, repartidos puntual y equilibradamente... Los más sabios o los más ancianos invocan a los dioses antes de probar el primer bocado. La primera copa, en holocausto, derraman sobre la tierra. Nos dicen que la frugalidad mejora nuestro espíritu. Así aprendemos a vivir con poco en estos parajes. Entre el mar y las arenas...

XIII

Envejecemos. Mientras dura el cerco, envejecemos. Algunos han muerto en el tiempo que lleva la empresa. De vez en cuando, la certera flecha del enemigo. En ocasiones, la muerte común de los ancianos. Alguna peste. Los despedimos con los rituales de nuestro culto. Los enterramos, conforme a las creencias. Me digo: ¿cuántos de los que amas y permanecen lejos, en tu antigua patria, continúan vivos?

XIV

A veces corre, con la velocidad de la saeta, la noticia esperada. Unos a otros nos gritamos: ha llegado el Capitán. Dará la voz de asalto. Su fuerte voz de mando... El corazón se alegra. El valor guerrero se apodera de los cuerpos. ¡Hurra, hurra!, gritamos. Nos animamos los unos a los otros... Pero en vano, durante horas, permanecemos preparando las armas, en espera de que suenen las trompetas.

XV

Hasta aquí, a veces, llegan mujeres. Transeúntes de toda condición. Jóvenes, viejas. Las traen distintos negocios. Las contemplamos. Las amamos. Las dejamos. Parten. Al cabo de algún tiempo, se las olvida... Y sin embargo se espera demoler los muros de la Ciudad y volver hacia los cálidos lechos de las bien amadas...

XVI

El paso del tiempo vuelve experimentado al sitiador. Conoce el momento en que ha de entregarse a las duras tareas que le impone el oficio. Pero asimismo, cuando

el aire sopla débil y calurosamente, sabe que puede dejar su puesto y alejarse, a paso lento, caminando sobre las arenas ardientes, hacia el corazón del desierto... Cuando esto ocurre, nadie pregunta por qué algunos de los nuestros no han vuelto jamás al campamento.

XVII

Se tenía la costumbre de preguntar a los recién venidos por las novedades de las lejanas tierras. Con el tiempo se olvidan las costumbres. Y quienes aguardan la voz del Capitán, borran de la memoria sus lejanas tierras.

XVIII

Entre nubes petrificadas, las velas de los navíos que se alejan. Gente agotada del cerco que se marcha. A veces también yo me acerco a la playa, vago por la espuma, indeciso. Mirada al mar de vuelta. Mirada hacia la Ciudad. A veces pienso en las costas que deben estar detrás de las nubes petrificadas del confín. Pero la vida de campaña enseña la costumbre de aguardar.

XIX

¿Vivirán los míos con el cuidado y la placidez de antaño? ¿Bajarán al atardecer hasta las playas a contemplar la puesta del sol? ¿Qué harán las jóvenes? ¿Saltarán por las pequeñas dunas, ágiles, siguiéndose las unas a las otras? ¿Se tenderán sobre las aguas, se alejarán de la costa con elegantes movimientos, volverán cubiertas de algas, con unos pececillos entre los cabellos? ¿Quiénes les limpiarán los rostros?... ¿Quiénes echarán las redes al amanecer, más allá del arrecife?

XX

¿Volveré con los míos? ¿Vivirán para entonces? ¿Encontraré mi hogar? ¿Habré permanecido semejante a aquél que fuera a la hora de partir? ¿Tendré los mismos sentimientos? ¿Seré reconocido por los míos?... Olvida, me digo, tus preocupaciones. Y olvido que aquí envejezco, entre tiendas de campaña, al pie de los muros de una vieja Ciudad.

XXI

Esta tienda, mi morada, es provisional. A veces he pensado en dejarla por lugares menos transitorios. Pero hasta donde mi vista alcanza, toda morada es provisional.

XXII

¿Qué quedará de nosotros para la historia? ¿La leyenda contada por un ciego? ¿La
pesadilla de un pueblo? ¿Rastrearán las arenas en pos de los vestigios?

¿Descifrarán los palimpsestos?

Mas si el polvo del desierto llegara un día a cubrirnos por completo... ¿Quién
desenterrará entonces del olvido tanta pasión vivida?... ¿Nuestra sabiduría,
nuestro dolor, nuestra paciencia, esta esforzada vida?...

maneja el alboroto a su arbitrio
y si un paso se ha de dar
que sea al acaso
bajo el acoso del azar
que el dedo se deje en la huella
no puesto en la llaga
allega la pluma de pavorreal
a la esquirra
acerca
acerca la llama
al ala de la libélula
y con triquiñuelas
has de pasar un camello
por el ojo de una aguja
o el hilo uncirá retazo a retazo
la página
roto el encanto
maneja el escarnio
y nada o poco ayuda la convicción
la metafísica te encierra en casa
la máscara te da ventajas
y qué decir
un tiempo hubo largo para el ocio
y otro que fue heroico
fatuo
y otro quizá de vino y lecho

tiempos hubo para embarcarse en el cascote
aventurar recortes del mundo novedosos
un ruido de tambor
sonando en el corazón del África Negra
¡no!
un tobogán al límite
¡no!
la maldición de las viejas sabidurías

yo sólo sé que me levanto al nuevo día
con mi pereza de angelote rubicundo
ya una mañana caminaba por la ciudad de Brujas
o en otra parte vieron a estribor el humo de tabaco
de nosotros los extraños sentados a la ribera
de un gran río interiorano

eché a andar a bajar y a subir escalinatas
¡cómo están los laberintos de fáciles

de tinta

aproxima cirios
en la noche de los gatos pardos
ara en el mar y en la losa
espera del vidrio la multiplicación
de los panes

¿obraré este canto?
¿abrirá un prodigio?
prodigar hijos pródigos que no retornen a casa
prohijar a los huérfanos del carnaval
especular contra los espejos

¿oí mi nombre alguna vez?
¿alguna voz?
¿he edificado una ciudad
escondida en las sierras?
¿llevé grandes piedras a Sagsayguamán?
al otro lado de la isla solitaria del pensamiento
graba la uña: “Francis Drake, pirata isabelino”
y en la cueva de la ensenada
guardan aún los duros camastros apoyados contra la roca
allí donde debieron dormir los fascinantes facinerosos
pero hoy para mí es un sueño espléndido
después de las chanzas y las hazañas
no la piratería sino el carraspeo
de la tristeza holgando por los pasillos

nada
nada ayuda la convicción
aleja los vericuetos de la memoria
pero avanzaremos con la hoguera
arrastrándonos por las dunas
abriendo las brumas a escopetazos
qué otros polvos recogerán nuestros abrigos
qué aguas salpicadas

y que traten de pasar
clavos por aldabas
aldabas por puertas
puertas en jaurías
jaurías a cuchillo
pueblos exaltados
orquestados

encaramados en sus banderas

¿oí mi nombre?
repiquetean gritos
ecos
altavoces
repiquetean
murmullos
de una mujer a mi costado
en un cuartito azul
en el barrio Aguarico
una mujer reposa a tu costado
mis gigantescos olvidos
tus muertos pasados
la miseria dantesca en
una mujer contigo
tu muerte en la pequeña ciudad provinciana
la muchedumbre afuera y el ruido
que ha abolido de una buena vez
tu nombre.